

Manuel de Lorenzo

Todo lo demás era silencio



SUMA
de libros

Manuel de Lorenzo

Todo lo demás era silencio



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A mi padre

En el camino de los perros mi alma encontró
a mi corazón. Destrozado, pero vivo,
sucio, mal vestido y lleno de amor.
En el camino de los perros, allí donde no quiere ir nadie.
Un camino que solo recorren los poetas
cuando ya no les queda nada por hacer.
¡Pero yo tenía tantas cosas que hacer todavía!
Y sin embargo allí estaba: haciéndome matar
por las hormigas rojas y también
por las hormigas negras, recorriendo las aldeas
vacías: el espanto que se elevaba
hasta tocar las estrellas.

ROBERTO BOLAÑO

Extracto del poema «Sucio, mal vestido»,
de *Los perros románticos*

NOTA DEL AUTOR

Hay lugares de los que uno nunca regresa del todo. De los que no es posible volver intacto. De los que no es posible salir ileso. De alguna manera, una parte de nosotros se queda para siempre en ellos.

A veces en esos lugares uno se libera de sus miedos. Otras veces son nuestras penas o nuestras inquietudes las que abandonamos allí. Pero hay lugares de los que uno regresa con la extraña sensación de que aquello que ha dejado atrás, en algún punto indeterminado del viaje, es un pedazo de su felicidad.

El poeta Félix Grande escribió: «Donde fuiste feliz alguna vez / no debieras volver jamás: el tiempo / habrá hecho sus destrozos, levantando / su muro fronterizo / contra el que la ilusión chocará estupefacta».

Siempre he pensado que estos versos contienen una verdad equivocada. Si hay algo que uno debe intentar hacer a toda costa es volver allí donde fue feliz. Porque en ocasiones es la única forma de recuperar esa pequeña parte de uno mismo que se quedó para siempre en aquel lugar. Esa parte que nos falta. Ese pedazo de felicidad que muchas veces, hasta que el azar nos golpea, ni siquiera somos conscientes de haber dejado atrás.

Manuel de Lorenzo, enero de 2019

UNO

A pesar de todo, Lucía todavía dormía. Faltaban veinte minutos para las siete de la mañana y la séptima planta estaba en calma. La tarde anterior, al descubrir algunos vasos desechables en la papelera de la habitación, una enfermera un tanto indiscreta había comentado que el mejor café era el que servían en el bar de la calle de atrás, un local de aspecto ruinoso que cerraba a medianoche y abría a primera hora, alrededor de las seis y media. Después de una noche tan larga, aquel era un buen momento para dar un paseo, fumar un cigarro y desayunar.

Julián no era fumador, pero a menudo fumaba. Creía que el tabaco le servía para aliviar el estrés. En realidad, lo irritaba. Esperando a que abriese el bar dio una vuelta alrededor del hospital y se detuvo frente a la puerta principal. Le llamó la atención lo tranquila y silenciosa que estaba la calle. Demasiado incluso para un sábado de madrugada. Era una calle incómoda. Fría. De formas torpes y exageradas. La acompañaba una inevitable sensación de soledad y tristeza. Julián se alegró de vivir lejos de allí y se ensimismó unos segundos lamentando no estar en su apartamento. Pensó en el color de los geranios de su balcón y extrañó brevemente a Lucía. Extrajo del bolsillo la cajetilla de tabaco y volvió a fumar.

Mientras aguardaba, se convenció a sí mismo de que había algo conmovedor en la imagen de un fumador solitario paseando de noche frente a la puerta de un hospital. Resultaba imposible no tratar de imaginar su historia. Debía de llevar ya un rato allí dentro porque había necesitado salir. Por la misma razón, no esperaba marcharse pronto. La vida

real parece un lugar remoto desde un sitio así a las siete menos cuarto de la mañana. Algunas noches sólo existe esa puerta y el humo del cigarro desvaneciéndose en la oscuridad. A Julián, en el fondo, no le disgustaba la escena. Agradecía aquel vacío. A veces, por alguna razón, hallaba cierto consuelo en sentirse desdichado.

El bar abrió a las siete y diez, al despuntar el día. Tras los tejados, en una esquina del cielo, se adivinaba una claridad limpia y perfecta. La clase de claridad intachable de las primeras mañanas de agosto. Julián conversó distraído con el dueño mientras este levantaba la reja y colocaba en la calle algunas mesas y sillas de plástico verde. Horas más tarde, aburrido en la habitación de Lucía, recordaría algunas de las vaguedades que salpicaron la conversación y cómo el sol naranja del amanecer se reflejaba en las viejas gafas del dueño, impidiendo que se le viesan los ojos. Pidió un cortado, introdujo algunas monedas en el teléfono y realizó una llamada:

—Santi, soy yo. Disculpa por la hora, supuse que ya estarías despierto.

La conversación duró un par de cafés. Julián comentó lo bien que había pasado la noche Lucía y agradeció que le hubiesen dado el alta la tarde anterior a su compañera de habitación.

—Eso es fantástico —comentó Santiago—. Con un poco de suerte ya se queda sola hasta el lunes.

Santiago todavía no había podido visitar a su cuñada y sospechaba que Julián maquillaba su estado de salud para no preocuparlo en exceso. No era cierto. Hacia el final de la conversación, y con sorprendente precisión técnica, los dos hermanos charlaron sobre las pruebas médicas que le habían realizado a Lucía. Julián, motivado por su habitual aprensión, describía el procedimiento de cada una de ellas con particular exactitud. Ninguno de los dos sabía con qué finalidad concreta se realizaban ni sería capaz de interpretar los resultados; no obstante, fingían lo contrario. Les agradó comprobar que ambos habían escogido el pronóstico más optimista.

Desde el bar, Julián observó cómo la calle de atrás se iba despertando. Algunas ventanas abiertas, un par de peatones con el periódico bajo el brazo, las primeras furgonetas de reparto. Asombrosamente, la vida parecía seguir adelante a pesar de sus circunstancias y de las circunstancias de Lucía. Se levantó de su mesa, preguntó al dueño si el bar abriría al día siguiente, pagó los cafés y se marchó despidiéndose con la barbilla.

El hospital parecía otro. Sus pasillos, un rato antes desangelados e infinitos, comenzaban ahora a hervir de gente frente a los ascensores, las salas de espera y las ventanillas de información. Exactamente del mismo modo que había sucedido la mañana anterior. Julián observaba el proceso desde la puerta principal apurando un último cigarrillo. Tenía la impresión de que aquellos desconocidos, con sus prisas y sus charlas y su cotidianidad, estaban profanando un lugar que le pertenecía. Que era suyo con más motivo que de cualquier otro. Era gente que llegaba por la mañana y desaparecía por la noche mientras él permanecía allí. Despierto. Con todo el peso de las horas presionándole sobre la nuca, justo en la base del cuello. Personas que se marchaban y volvían. Una y otra vez. Día tras día. Como los turnos de una fábrica. Julián sintió que formaba parte de un ciclo mecánico y deshumanizado. Cercano a lo grotesco. Respiró hondo, aplastó la colilla con la punta del zapato y subió a la habitación.

A esas horas, poco antes de que se sirviese el desayuno y la mañana estallase en un enjambre de batas y uniformes de diferentes colores, en la séptima planta todavía se respiraba una serenidad particular. La luz se deslizaba por el corredor e inundaba el rellano a través de los ventanales. El silencio era blanco y cálido, opuesto al de la noche, y comenzaba a quebrarse con los primeros sonidos del día: el tintineo de alguna cucharilla, unas sandalias cruzando el pasillo, el agua tamborileando sobre un plato de ducha. Quizá por contraste con el alboroto del vestíbulo, Julián decidió que había algo agradable en todo ello. Algo casi hogareño.

Por unos instantes, incluso era sencillo olvidarse de que se trataba de un hospital.

Cuando Lucía salió del cuarto de baño se sorprendió al encontrarse a Julián leyendo en la butaca.

—Creía que te habías marchado —le dijo dándole un beso.

—Sólo he bajado a fumar un cigarro y a tomar un café —contestó Julián sin apartar la mirada del libro—. Sabes que nunca me iría sin avisarte.

Lucía notó en la voz de Julián cierto tono de desagrado.

—He pensado que tal vez tenías algún recado que hacer y que regresarías en un rato. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente... —Julián apretó la yema del dedo índice contra la palabra que estaba leyendo y levantó la vista hacia Lucía—. Pero sigo sin entender por qué no dan altas los sábados. Me desespera que tengamos que estar aquí encerrados hasta el lunes. El médico dijo ayer que los resultados de las pruebas estaban bien. No entiendo por qué no nos vamos.

Lucía reconoció enseguida al Julián miedoso de siempre. El Julián asustado e inseguro que a veces desaparecía en público pero acostumbraba a regresar en la intimidad, normalmente oculto tras un falso carácter arisco con el que creía disimular su fragilidad. Su reacción no le extrañó. Era la primera vez que charlaban a solas en la habitación y comprendió que necesitaba aparentar cierta indignación y fortaleza. Como si, en el fondo, de alguna manera enredada, estuviese intentando tranquilizarla a ella. Ambos sabían desde un principio que no se irían a casa hasta el lunes. Había quedado claro dos noches antes, cuando decidieron ingresar a Lucía para realizarle más pruebas. A pesar de todo, ella le sonrió, le acarició la mejilla y le dio otro beso. Privadamente, agradeció aquella pequeña rabieta.

Los nervios de Julián, en cualquier caso, no eran repentinos. Llevaba ansioso desde el jueves por la mañana, cuando Fernando, su vecino, lo llamó al trabajo para decirle que un coche se había llevado por delante a Lucía delante de su casa. Nada más pronunciar aquellas palabras, Fernando

se dio cuenta de que tal vez había formas menos alarmantes de dar la noticia, pero en la confusión del momento, aquello fue lo primero que se le ocurrió.

Ella había salido del garaje con su ciclomotor rojo a las diez menos veinte, de camino a la academia en la que trabajaba a media jornada. Se colocó el casco, se aseguró de que no se aproximaba ningún coche y se incorporó con cuidado a la calzada. A la altura del semáforo se detuvo y saludó alegremente con la mano a Fernando, que venía de comprar el pan. Este cruzó el paso de peatones delante de ella y le devolvió el saludo, indicándole con un gesto inequívoco que la llamaría por teléfono más tarde. Lucía sonrió, el semáforo se puso en verde, Fernando se despidió lanzándole un beso desde la acera, ella le correspondió, reemprendió la marcha y una camioneta descontrolada la arrolló desplazándola junto a su moto varios metros sobre el pavimento.

Aquella mañana de jueves, Fernando había telefoneado a Julián desde el servicio de urgencias del hospital. En ningún momento se había separado de Lucía. Acudió en su auxilio después del golpe, le pidió al camarero de la cafetería de enfrente que avisase a una ambulancia, impuso algo de cordura cuando otro peatón, tratando de ayudar, quiso retirarle el casco, y evitó a voces y empujones que el conductor de la camioneta, histérico, la subiese en la parte de atrás para llevarla él mismo al hospital.

Cuando Julián irrumpió en el cubículo donde Lucía estaba siendo atendida, Fernando, que hasta ese momento había mantenido la entereza, se derrumbó. Como si hubiese llegado su relevo. Como si hubiese sido liberado al fin de la obligación de conservar la calma y otro fuese a ocupar su difícil puesto. En los ojos de Julián, sin embargo, sólo había temor y desconcierto. Ni rastro de aplomo. Una enfermera algo antipática, pero lo bastante experimentada como para prever un escenario de pánico, reivindicó la necesidad de espacio en el compartimento y obligó a ambos a salir, corriendo la cortina tras ellos con severidad. Secándose las lágrimas y entendiendo que no era el momento de perder

los nervios, Fernando pasó el brazo por encima de los hombros de Julián y se lo llevó a la sala de espera de urgencias.

—Perdió brevemente el conocimiento y me asusté mucho —gimió Fernando sentado en cuclillas frente a Julián, que se había desmoronado sobre una de las sillas del fondo—. Cuando llegó la ambulancia ya estaba despierta, pero muy mareada. Repetía que le dolía mucho el cuello.

Fernando describió el viaje en la ambulancia, destacó la pericia del personal sanitario, reprodujo su valoración inicial e insistió en las buenas sensaciones de los médicos, quienes, a la espera de los resultados de las pruebas, hablaban de una probable conmoción leve y algunas contusiones.

Julián observaba la puerta de la sala de espera a través de Fernando, como si no estuviese allí. Tenía la mirada perdida en aquella misma mañana, en el desayuno con Lucía, en el beso que le había dado antes de marcharse a trabajar a las ocho y media y en el vestido que ella llevaba. Era incapaz de recordar lo último que le había dicho justo antes de salir de casa y no podía dejar de pensar en que aquellas palabras, fuesen cuales fuesen, podrían haber sido las últimas que le hubiese dirigido en su vida. Era una posibilidad dolorosamente sencilla. En algún rincón de la realidad se escuchaba la voz de Fernando, que continuaba hablando de análisis y de radiografías, pero Julián sólo podía ver a Lucía sentada junto al balcón, leyendo el periódico y sonriendo mientras él se marchaba. Estaba preciosa con aquel vestido.

—Necesito fumar. —Julián volvió en sí de repente.

—Por supuesto —dijo Fernando extrayendo un paquete de tabaco de uno de los bolsillos de su pantalón y ofreciéndole un cigarrillo.

—Aquí no. Hace mucho calor. Vayamos fuera.

Y salieron.

Aquella misma tarde, poco antes de anochecer, ingresaron a Lucía. Las pruebas habían revelado la ausencia de hemorragias o fracturas, pero los médicos habían decidido mantenerla setenta y dos horas en observación y realizar alguna

otra exploración complementaria. Profundamente dormida, vencida por el cansancio y la incertidumbre, la condujeron sobre una cama hasta la séptima planta y la ubicaron en una habitación indeterminada al fondo de un pasillo. En la cama de al lado, una mujer extraña hojeaba una antigua revista y escudriñaba a su nueva compañera con cierto aire de superioridad. Julián la observó desde la puerta con disimulo, evitando cruzar con ella la mirada. Arrastró con cuidado la butaca hasta el borde de la cama, se sentó junto a Lucía y fue consciente, por primera vez, de que esa noche no se irían a casa.

DOS

El viernes había sido un día de transición. Poco a poco, las horas se fueron llenando de caras conocidas, de comentarios de estupor y preocupación, de algún mareo pasajero, de síntomas de cansancio y de calmantes. Hacia el final de la tarde, por fin, Lucía y Julián se quedaron solos en la habitación, pero ella cayó rendida. Mientras dormía, él la observaba con detenimiento. Casi con obstinación. Como si quisiese memorizar hasta la última línea de su rostro. Por más que lo intentaba, no entendía qué clase de azar injusto era aquel que consentía el sufrimiento de alguien como ella. Qué torcida geometría había detrás de un trance semejante, que colocaba a Lucía en aquel lugar en ese preciso momento, arrastrándola por el asfalto, golpeándola contra el hormigón, dejándola inconsciente en el medio de la calle. Si había alguien que no mereciese correr esa suerte, pensó Julián, era Lucía. A una persona como ella, a la que jamás se le podía reprochar un mal gesto, ni siquiera la menor expresión de ingratitud, sólo deberían ocurrirle cosas buenas. Qué orden defectuoso era aquel que permitía lo contrario, se decía a sí mismo Julián mientras la observaba y agradecía, a pesar de todo, que el desenlace no hubiese sido otro. Se podía adivinar en sus ojos una extraña combinación de compasión y de alivio.

Esa noche Julián no logró conciliar el sueño. Sólo pensaba en ese bar de la calle de atrás, al que se había referido algunas horas antes una enfermera, y en cuánto faltaba para que abriese, alrededor de las seis y media. Pensaba en tomarse un café. Y en charlar un rato sobre cualquier cosa con el camarero. Y en bajar a la calle a respirar aire fresco,

pasear y fumar. Su vida, en ese momento lejana, paralela, intangible, necesitaba recuperar al menos un trocito de normalidad. Por ajena y desconocida que esta fuese.

Dedicó buena parte de esa madrugada a pasear por el hospital y sus laberintos. Durante la noche se instalaba en aquellos pasillos un silencio incómodo que parecía deambular clandestinamente al lado de quienes los recorrían en la oscuridad. Era como si, en cualquier momento, uno fuese a notar sobresaltado cómo algo se movía a sus espaldas. Julián sintió el frío del pasamanos en la escalera y el de los asientos de plástico en los rellanos y el de los azulejos que recubrían las columnas y tuvo la impresión de que todo en aquel lugar era estático, inorgánico e igual. Mientras observaba un largo e inhóspito corredor que prefirió no cruzar, recordó una frase que su madre solía repetir cuando, siendo él un crío, tenían que visitar a algún pariente: «No se me ocurre un lugar peor para estar enfermo que un hospital». Suspiró con desgana e, inconscientemente, sonrió.

Entre tinieblas llegó a la galería que desembocaba en el servicio de urgencias y allí, en el medio de la noche, se sentó junto a otros familiares que se perdían como él entre los giros infinitos de las manecillas del reloj. Y sintió por primera vez la espesura de las horas, que se acumulaban unas sobre otras como un peso muerto que en aquel lugar, en mayor o menor medida, todos arrastraban tras de sí. Y advirtió la soledad en sus miradas. Esa inconfundible soledad. La tristeza de quien no se siente perdido ni aislado, sino solo. Tan solo como lo están todos los que se hallan a su alrededor, sentados sin noticias en una silla absurda. Pensando que a veces no tener a nadie consiste, precisamente, en estar rodeado de gente.

Julián permaneció allí un rato, regresó a la habitación para comprobar que Lucía seguía durmiendo y bajó por fin al bar. Faltaban veinte minutos para las siete de la mañana del sábado.